

«MADRID», DIARIO INDEPENDIENTE

2 Por Antonio FONTAN

Casi todas las consideraciones recogidas en el artículo anterior (ver MADRID, 4 de diciembre de 1969, página 3), aparentemente generales o abstractas, se fundamentan en datos concretos de experiencia del diario MADRID. Creo que para iluminar esas mismas conclusiones, ayudar a ustedes a situarlas en su debido lugar o discutir las, debo referirme, brevemente, al diario, órgano de información y de opinión que en estos años hemos estado intentando hacer.

Desde que Rafael Calvo Serer fue nombrado presidente del Consejo de MADRID y empezó a impulsar la sección editorial del periódico han transcurrido poco más de tres años, o poco menos, si descontamos la hibernación de los cuatro meses del cierre del diario en 1968. Más que un relato cronológico voy a resumir en unos cuantos puntos los rasgos principales de esta historia.

LA INDEPENDENCIA DE UN PERIÓDICO

El MADRID de la nueva etapa se definió pronto como un diario independiente. El término desagrado a algunos de nuestros colegas, que lo interpretaron—torcida o equivocadamente—como despectivo para los periódicos encuadrados en la disciplina política oficial y, por lo tanto, presuntamente dependientes. MADRID había explicado, desde el primer momento, que esto no era así. Por independencia del periódico entendíamos—y entendemos—la ausencia de vinculaciones políticas con el Gobierno o con organizaciones o grupos externos al periódico y condicionantes de su línea de opinión y comentario, así como la independencia financiera que a la Empresa editora de MADRID asegura la estructura de su economía, que no ha requerido fuentes ajenas de financiación a lo largo de todos estos años. MADRID ha vivido y vive de sus propios productos: venta del periódico y publicidad, que cubren con cierta holgura su presupuesto de gastos y le han permitido encajar, no sin cierto quebranto, las pérdidas ocasionadas por los cuatro meses de hibernación del verano del 68. Estas tres circunstancias, independencia del Gobierno, ausencia de una disciplina política

o ideológica ajena a la redacción y al equipo editorial del periódico y autosuficiencia económica, concurren también en otros órganos de Prensa del país. La novedad de MADRID fue que, en su información y en su opinión, contrastaba con el extendido conformismo que, por inercia heredada de los tiempos de censura previa y consignas oficiales, seguían acusando otros diarios del país y que no incurrió en el halago o la adulación. Y contrastaba, quizá más acusadamente todavía, con las posiciones de los periódicos vinculados a organizaciones políticas oficiales, portavoces naturales y legítimos de éstas. No hay que olvidar que la línea editorial y política de MADRID, dirigida por el presidente, Rafael Calvo Serer, había empezado a manifestarse y a desarrollarse en relación dialéctica con la realidad del país, después de la promulgación de la ley de Prensa, al amparo del régimen de libertad de expresión proclamado en ella, dentro de su marco legal, y con el propósito de contribuir a impulsar y promover desde el preterito las formas políticas y sociales adecuadas para las nuevas realidades españolas de hoy y de mañana.

EL PLURALISMO Y UN LENGUAJE NUEVO

Quando reparé el periódico, tras los cuatro meses de cierre de 1968, yo, como director, publiqué un artículo en el que recogía las principales ideas que habían inspirado al periódico MADRID, a las que aspirábamos a seguir sirviendo. Este trabajo, como la casi totalidad de los editoriales y artículos de MADRID, había sido previamente discutido con el presidente y varios colaboradores y redactores del periódico.

«En MADRID propugnamos—decía—una interpretación progresiva de las leyes, de modo que la evolución del país se produzca sin ruptura. Y aspiramos a la adecuación de las instituciones a las necesidades de las nuevas generaciones españolas. En MADRID se refleja y acoge una corriente nacional que está integrada por una pluralidad de opiniones, de personas y de grupos. Porque el hombre es por naturaleza un ser que se asocia, un ser político. Estas ideas apuntan en una dirección hoy por hoy común: a una progresiva democratización económica, social y política. La moderna democracia social y pluralista tiene para los españoles el dinamismo adecuado a nuestra situación de ahora y a las diversidades constitutivas del país. Y ofrece al nivel de ulteriores integraciones europeas y universales los sugestivos alicientes que son imprescindibles para despertar ilusiones y promover esfuerzos.»

Como consecuencia de estas ideas, y merced a la contribución de especialistas de sociología, ciencia política y economía, en MADRID se fue creando un lenguaje político relativamente nuevo en el país, orientado en favor del pluralismo—en todos los órdenes de la vida pública—, frente a cualesquiera pretensiones monopolísticas de la doctrina y de la organización política. Hemos tenido la satisfacción de que el público ha acogido con interés y simpatía a nuestro periódico. Han aumentado los lectores de MADRID y ha habido, además, un desplazamiento en sectores más jóvenes, universitarios, profesionales, laborales.

POLÍTICA DE REALIDADES

Junto con eso hemos procurado también ofrecer a nuestros lectores una política de realidades, confrontando a la luz de esos criterios generales—comunes a nuestros escritores y colaboradores—los asuntos concretos del país en diversos momentos. En ciertas ocasiones desde el Gobierno se han

incorporado sugerencias o recomendaciones de MADRID, como ocurrió con el voto de la mujer. Como intelectuales y como políticos hemos prestado especial atención a las nuevas realidades, a los problemas y actitudes de las nuevas generaciones, especialmente en los campos socioeconómico y constitucional universitario y laboral, con la idea clara de que es preciso primero comprender para incorporar, después. Razón por la cual en diversas ocasiones hemos planteado la urgencia de una política para la juventud.

EL EQUIPO DE «MADRID»

Pero un periódico no es solo ideología y criteriológica política, sociológica o económica. Un periódico es información. MADRID cree haber colaborado eficazmente a que la ley de Prensa haya sido utilizada por los periódicos para romper algunas inhibiciones, antes obligadas y después prolongadas por inercia, comodidad o rutina. Me refiero al efectivo ensanchamiento del campo de la información, sobre todo de la información nacional en la política y en los sectores que podríamos llamar conflictivos: universitario, laboral y, en mucha menor medida, el de los problemas regionales.

La coincidencia fundamental en este espíritu es sin duda lo que sirvió a la colaboración de MADRID a un extenso sector de intelectuales, periodistas, escritores y políticos, generalmente jóvenes, cuyo trabajo y cuyos artículos han ido determinando el perfil del periódico y la imagen que de él se ha proyectado sobre los lectores españoles. En la página 3 de MADRID han colaborado en estos años noventa y cuatro escritores, en su mayoría jóvenes, o, por lo menos, más jóvenes que yo.

Al reducido y excelente equipo de redactores que tenía MADRID antes del 66, que prácticamente permanece íntegro en la casa, se ha unido un buen número de periodistas jóvenes—de veintitantos o treinta años—competentes y serios, que han realizado, junto con sus compañeros veteranos, esta tarea. Al testimonio de todos ellos me remito acerca de la amplia libertad intelectual y sin ortodoxias con que han ido realizando su trabajo, sin más condicionamientos que los que el sentido de la responsabilidad de la dirección, la presión política inmediata, tal como es interpretada en asuntos que se consideran capitales por las autoridades de Información, y—en alguna ocasión, los altos intereses nacionales definidos por el Gobierno—imponen a la práctica del periodismo en la actual situación española, como una inexorable exigencia de vida. Los redactores de MADRID no constituyen un equipo homogéneo, ni mucho menos monocolor, como se suele decir ahora, si igual que tampoco lo son los editoriales y colaboradores de la tercera página. Pero sí puede afirmarse que comparten, en sus líneas generales, los principios que he esbozado antes, merced a lo cual realizan—sin muchos medios técnicos—un periódico coherente.

Continuará mañana:

EL AFFAIRE «MADRID»

EL JARDÍN DE LA CULTURA

Por Manuel VICENT

EL hombre tiene el sacrosanto derecho a desarrollar los músculos. Se trata de una facultad que no ha encontrado obstrucción para ser reconocida y ejercitada desde el principio de la organización política, allá en los albores de la Humanidad, porque nunca desde entonces ha sido incompatible con la esclavitud. Las pirámides de Egipto y el canal de Panamá son algunas de las realizaciones prácticas de este derecho. El hombre también tiene el sacrosanto derecho a ver calmados sus sentimientos. En este aspecto tampoco ha habido inconveniente en proponer a ríe ciertos desahogos al corazón. La comunidad siempre ha tenido una especie de ternura o de manga ancha con estas debilitadas humanas, a condición de que se hayan producido fuera del horario de trabajo. El hombre tiene el sacrosanto derecho a desarrollar el cerebro. Pero este derecho se ha encontrado históricamente con que la cultura es un jardín de propiedad privada. Los propietarios del coto se han opuesto a que se abra la verja al público no porque temieran ser expoliados, sino porque se sentían amenazados. Los propietarios de la cultura todavía creen que cuando ésta deja de ser un privilegio se convierte en un peligro. ¿Un peligro de qué? Tal vez de que, desarrollado el cerebro, el hombre no aplique el músculo a construir pirámides, que el corazón descubra otra estirpe de sentimientos, que el estómago despierte a otra clase de hambre.

Humanismo y proteínas

Los sabios deben incorporar las proteínas al humanismo, los políticos deben conciliar la política con el arte, los moralistas deben conjugarse de alguna forma la moral con la fisiología, si quieren sacar entre todos a la libertad del punto muerto donde se halla. Hoy nuestro desarrollo psíquico está encomendado a la imaginación de los IBM, a esos instrumentos tan fanáticos que reptan tenazmente cuanto oyen a sus señores: la bondad equivale a la honradez profesional, la fe es un crédito, la esperanza es una expectativa, el amor es una relación, el ascetismo es el trabajo. Nuestra libertad está confiada a unas máquinas cuya biología es la eficiencia.

Crítica destructiva, crítica constructiva

Si el Estado fuera la expresión de una sola clase social y la política una especie de traducción doctrinal de un gran Consejo de administración, entonces, para los ciudadanos que no participan en la tarta, la crítica

destructiva sería una obligación una necesidad, la única forma posible de participación política. Si la labor de un Gobierno sirviera sólo a un interés de clase, la llamada crítica constructiva no sería propiamente crítica sino servilismo, aportación de ideas, una asesoría técnica. No me parece mal que un Gobierno así pidiera crítica constructiva a los ciudadanos no participantes siempre que estuviera dispuesto a pagarla con sueldos, como a sus mejores empleados.

Liberal conservador

Por fin he encontrado a un hombre que no es socialista. Que no es socialista ni siquiera en el buen sentido de la palabra. Se trata de un ciudadano que se ha definido políticamente como liberal conservador. Sus motivos son commendables. En principio dice: es liberal conservador, porque esta expresión lingüístico-ideológica es muy eufónica y, al pronunciarla, le llena la boca. Este ciudadano afirma que es liberal por una cuestión de hormonas, porque las glándulas endocrinas le segregan el convencimiento de que no debe meterse en la vida del prójimo. Luego se reafirma como conservador porque según sus cálculos históricos los españoles tenemos cosas buenas que conservar: por ejemplo, el sentido de la independencia de Don Pelayo, la libertad de creencias de curules y la tolerancia de ejemplo de los siglos XI, XII, XIII, la tradición del colectivismo agrario medieval, la convencida sumisión de las armas al poder civil de la Edad Moderna; el mejor espíritu de reforma del siglo XVIII, el talante de moralismo liberal de algunos hombres del siglo XIX, el espíritu europeo, los pantanos y la electricidad del siglo XX. Se trata de un ciudadano que ha anidado su progresismo en el corazón de Recaredo.

Política y existencia

Allá por los años cuarenta, cuando la tuberculosis estaba distributivamente repartida con una gripe, algunos españoles cantaban enjaimadamente las virtudes de la raza; treinta años después España posee una juventud espléndida, formada no a base de sonatas, sino de vitaminas. Allá por los años cuarenta circulaba un libro alucante sobre las reinvindicaciones imperiales de los españoles; treinta años después estamos esperando a que los dueños del Mercado Común nos echen el bocado de un acuerdo preferencial. Allá por los años cuarenta se buscaba ansiosamente un puesto en ic universal; hoy, el español, por fortuna, se contenta con un puesto al sol. Estas son algunas intuiciones para un tratado que se podría titular: Política y Existencia.

